



Sumalee

Historias de Trakaul

Javier Salazar Calle

Sumalee

Historias de Trakaul

por

Javier Salazar calle

Diseño de portada © Sara García
Título original: Sumalee. Historias de Trakaul.
Copyright © Javier Salazar Calle, 2016

1ª Edición

Seguir al autor:

- Página web: <https://www.javiersalazarcalles.com>
- Facebook: <https://www.facebook.com/jsalazarcalles>
- Twitter: <https://twitter.com/Jsalazarcalles>
- LinkedIn: <https://es.linkedin.com/in/javiersalazarcalles>
- Google+: https://google.com/u/0/+javierSalazarCalle_escritor
- YouTube: <http://www.youtube.com/user/javiersalazarcalles>

Reservados todos los derechos. Queda del todo prohibida la reproducción total o parcial de este documento por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética y óptica o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación sin permiso de los propietarios del copyright.

Dedicado a Raquel, la mejor amiga que uno puede desear.

Agradecimientos:

A Antonio Fernández por aportar sus extensos conocimientos sobre Singapur y revisar el libro, a Josele González por la fantástica página web que me ha hecho (www.javiersalazarcalle.com) y a mis otros lectores cero por hacer este libro mucho mejor: mi mujer, Elena Caro; mi hermana, Pilar Salazar y mi padre, Jose Antonio.

Tailandia 12

El primer puñetazo me dejó medio aturdido. El segundo me derribó al suelo. Allí recibí una lluvia de patadas durante un par de minutos. Intenté encogerme como un ovillo y cubrirme la cabeza como pude. Uno de ellos gritó divertido:

–Tú sí que sabes cómo recibir golpes.

Cuando se cansaron se fueron como habían venido, andando con calma, riéndose. La multitud se disolvió enseguida y cuando abrí los ojos todo parecía normal alrededor, como si nada hubiese pasado. Cada preso a sus cosas. Ley del silencio.

No era la primera vez. Me estaban golpeando sobre las marcas de todas las palizas anteriores, sobre moratones con toda la gama de colores en todas sus fases de evolución. En una de ellas, de un golpe en el ojo, me dejaron con visión borrosa durante un par de días, pero acabé recuperándome. Esos dos días estuve convencido de que me quedaría ciego el resto de mi vida. La certeza era aterradora, mucho más que la lesión en sí. De otra, en la que me dieron un manotazo en el oído, estuve con mareos durante una semana. También tenía varias costillas dañadas, no sabía si rotas, y dolores de todo tipo en cada parte del cuerpo. Aprendí que protegerse la cabeza era lo fundamental. Lo demás se curaba; mejor o peor, pero se curaba. Lo siniestro de esta situación, lo más humillante, era ver cómo los guardias de la prisión eran espectadores en la distancia en muchas de esas palizas. Incluso se reían y apostaban. ¿Sobre qué?; no lo sabía, porque me limitaba a recibir golpes deseando que se acabasen cuanto antes. Tal vez sobre si esa era la paliza que me mataría.

Intenté levantarme, pero un dolor agudo en el pecho me lo impidió. Allí, en el suelo del pasillo, de rodillas, intentaba abrir la boca todo lo posible para poder coger la máxima cantidad de aire que paliase mi sensación de agobio, de asfixia. Me concentraba en respirar de forma lenta y profunda, pero no lo conseguía. Tardé un rato en bajar mi ritmo cardiaco y poder volver a respirar con relativa normalidad. Con un ímprobo esfuerzo me puse de pie y, tambaleándome, apoyándome en las paredes, esquivando a otros presos que me ignoraban, llegué a mi celda. Una que era mía y de cuarenta personas más.

Una vez allí me senté en la colchoneta y me quedé un rato quieto, intentando dejar la mente en blanco y aislarme de todo lo que me rodeaba, incluyendo el dolor que recorría mi cuerpo de arriba abajo. Un cuerpo que pedía a gritos que me tumbara y no me levantase en horas, pero sabía que no podía hacerlo. Lo sabía. Mi supervivencia dependía de ello. Hice lo que tenía que hacer. Lo que era necesario. Me levanté y empecé mi rutina de entrenamiento. Estiramientos completos, flexiones, sentadillas... Trabajando

cada parte del cuerpo de forma independiente y junto con las demás. El dolor era casi insoportable, pero no por eso paré; aunque sí lloraba en silencio, mojando el suelo con mis lágrimas. Nunca había que mostrar debilidad. Si quería sobrevivir, si quería poder salir algún día de allí sin que fuera en el triste ataúd de cartón que usaban, debía continuar. Acabé con los movimientos del entrenamiento de combate, imitando lo que veía hacer en el patio a los prisioneros que se entrenaban en Muay thai, aprendiendo a luchar como ellos, con la diferencia de que ellos lo hacían delante de todos, a plena luz del día, y yo solo me entrenaba cuando nadie me veía. Alejado de toda mirada curiosa. Preparándome en las sombras.

Algún día, que esperaba fuese pronto, me sentiría preparado y no me limitaría a recibir los golpes intentando minimizar el daño, sino que respondería de forma brutal, certera y sin compasión. Matando si fuera necesario. Sí, mataría sin dudarlo. Ese día me ganaría su respeto y se acabaría esa parte de la pesadilla que estaba viviendo. Eso sí, tenía que estar seguro de ganar, porque si me levantaba contra ellos y no triunfaba de una manera que no dejase lugar a dudas, me matarían. Eso, seguro. Mientras tanto, solo me quedaba tener paciencia e intentar mantenerme con vida hasta ese momento sin sufrir ningún daño irreparable.

Había visualizado en mi cabeza miles de veces ese momento. Con mil variantes, con distintos finales, en todo tipo de escenarios, intentando prever cualquier posibilidad. Pronto, muy pronto, llegaría mi hora. O moriría.

Pero ¿cómo había llegado a esta situación si hace apenas unas semanas era David, un anodino informático en las oficinas de una entidad financiera de Madrid? ¿Qué circunstancias me habían empujado a esta situación inconcebible hace tan poco?

Mientras luchaba contra el sufrimiento, mientras seguía con el calvario que me suponía el ejercicio, repasaba las aciagas circunstancias vividas. Las que me empujaron de una tranquila vida en el departamento de informática de un banco a estar preparándome para poder matar a unos indeseables que abusaban de mí de forma constante en la temida cárcel de Bang Kwang, a siete kilómetros al norte de Bangkok, en Tailandia. Una de las cárceles más peligrosas del planeta. El pozo de perdición donde me encontraba. Mi final si no era capaz de inventar un camino que me salvase.

Singapur 1

Unas semanas antes...

Me costó un par de intentos conseguir apagar el despertador. Del segundo manotazo casi lo tiro de la mesilla. Me senté al borde de la cama y estiré los brazos mientras daba un largo bostezo. Otro día más de trabajo. Como un autómata, llevado por la rutina, desayuné, me duché y me vestí. Cuarenta minutos después de haberme levantado estaba arrancando el coche.

Camino del trabajo repasé mis últimos meses. Marcado por la ruptura con mi novia de siempre, aún no había conseguido levantar cabeza. Después de siete años parecía que se había cansado de mí y me dejó para irse con un supuesto amigo que yo mismo le presenté y con el que, por lo que pude enterarme luego, llevaba liada mucho tiempo. Ciego estuve durante todo ese tiempo, sin ver lo que otros me advertieron. Desde entonces andaba como alma en pena, siempre cabizbajo y triste. Además, el proyecto en el que estaba trabajando en el banco no me gustaba nada. Todo el día haciendo pruebas, solo, con una aburrida herramienta y apuntado los resultados en un documento estandarizado. Resultado correcto, resultado incorrecto, incidencia. A veces miraba por la ventana del cuarto piso donde estaba mi mesa y me daban ganas de tirarme por ella. De forma figurada, claro. Nunca había pensado en algo tan drástico como el suicidio. Estaba triste, no destruido. Resultado correcto, resultado incorrecto, incidencia.

Lo que no sabía es que ese día iba a cambiar mi vida para siempre. Tanto como nunca había imaginado.

Tras media hora conduciendo y un rato dando vueltas para encontrar dónde aparcar, llegué a mi sitio en la oficina. Encendí el ordenador y me fui a saludar a otro compañero. Cuando volví hice un repaso rápido, como todas las mañanas, de los correos recibidos. Lo mismo que todos los días: pruebas, pruebas, resultados de pruebas, preguntas sobre las pruebas, peticiones de pruebas, informes de pruebas y previsión de pruebas. Solo un correo era diferente del resto. Era de mi responsable, enviado el día anterior por la noche, pidiéndome que le llamase para hablarme de un asunto. No tenía ni idea de qué podía ser, pero fuese lo que fuese, todo lo que supusiera hacer algo diferente, aunque fueran cinco minutos, sería bienvenido. Miré el reloj. Las nueve y media. Buena hora. Cogí el móvil del trabajo, busqué a Valentín en la agenda y le llamé.

–¿Sí, dígame? –sonó la voz de Valentín.

–Hola Valentín. Soy David. Acabo de leer tu correo y te llamo para ver qué es eso que querías contarme.

–Buenos días David. ¿Cómo estás?

–Aburrido. Ya sabes que este proyecto que me has asignado me va a matar. Dime que tienes algo para mí. Necesito un cambio.

–Puede ser. ¿Qué sabes de Singapur?

–¿Singapur? –aquí ya consiguió atraer mi atención. Me puse de pie y me fui hasta una sala de reuniones cercana que estaba vacía–. Pues no sé..., Valentín. Un país pequeño de Asia, con buen nivel de vida, muy civilizado, hablan chino e inglés...

–¡Ahí quería llegar! –gritó Valentín–. Hablan inglés, como tú.

Así era, yo era bilingüe. Mi madre era estadounidense. Se enamoró de mi padre y se vino a vivir y trabajar a España. A los pocos años de nacer yo mi padre desapareció sin decir nada y nunca se supo más de él. Todo el mundo pensaba que había abandonado a mi madre, pero ella siempre creyó que le había pasado algo porque estaban enamorados hasta la médula. En todo caso, yo me crié sin padre desde los dos años y hablando inglés en casa.

–¿Qué es lo que propones entonces?

–David, ha surgido un proyecto en Singapur de unos seis meses de duración, ampliable a dos años, en el que encajas a la perfección por conocimientos y por idioma. Sé que es un poco precipitado, pero necesito que me digas algo entre hoy y mañana porque urge para empezar a mover el papeleo. –Levanté las cejas expectante–. Te voy a mandar toda la información del proyecto y de las condiciones con las que te irías. Para cualquier cosa me llamas y lo aclaramos al momento. ¿Qué te parece?

–No sé qué decirte Valentín. Me pillas un poco descolocado...

–Lo sé, lo sé. Piénsatelo y mañana me dices lo que sea. ¿No estabas harto de hacer pruebas? Aquí tienes tu oportunidad y, si se te da bien, ayudará, y mucho a tu posible ascenso de este año. Te mando el correo, te lo piensas y mañana me dices. ¡Ey!, si no pensase que encajas bien no te lo diría.

–Vale, vale. Mañana te digo algo. En todo caso, gracias por acordarte de mí.

Cuando colgué el teléfono me quedé pensativo. Al llegar a mi sitio ya tenía el correo de Valentín en la bandeja de entrada. Estaba claro que le corría prisa. Lo abrí y leí toda la información. Proyecto interesante, país con referencias increíbles, unas buenas condiciones económicas que incluían el alojamiento y, sobre todo, salir de aquí por una temporada; alejándome del recuerdo de mi ex y de las puñeteras pruebas. Estaba claro. A los cinco minutos de recibir la llamada ya sabía cuál era mi decisión. Aun así, decidí esperar hasta el día siguiente para darle la oportunidad a mi cerebro de repensarlo, aunque, cuando tomaba una decisión, y solía hacerlo de forma muy rápida, pocas veces cambiaba de opinión. Al llegar a casa lo único que comprobé es que tenía mi pasaporte en regla.

Lo que de verdad echaría de menos es todo el deporte que hacía: correr, baloncesto, fútbol, pádel, escalada... Era un apasionado de todo lo que supusiese esfuerzo o riesgo, sobre todo si era al aire libre. Por otro lado, en

Singapur podría practicar deportes de mar que en Madrid me estaban vetados y relegados solo al verano como buceo, navegación o montar en motos de agua. Mal tenía que darse para no poder hacerlos viviendo en una isla. Volví al trabajo. Resultado correcto, resultado incorrecto, incidencia.

Al día siguiente, al mediodía, llamé a Valentín y le comuniqué mi decisión. Iría a Singapur. Me mandó los detalles del viaje y empezamos a mover todo la documentación. *Personalised Employment Pass, EntrePass, Work Permit...* Había montones de opciones y visados. Al final, resultó que lo que yo necesitaba era un *Employment Pass*. Para este tipo de permiso era la empresa la que lo solicitaba en nombre del candidato, pero tuve que traducir mis títulos académicos (aunque luego en Singapur me tocó homologar los originales con un traductor oficial de allí y esperar a que fueran aprobados por el Ministerio de Trabajo), rellenar formularios para el seguro médico, fotocopias del pasaporte, informe laboral de mi compañía... El hecho de que no fuera un cambio de empresa sino un traslado y que la compañía se encargase de casi todos los trámites hizo el proceso mucho más sencillo.

Un par de semanas después estaba en el aeropuerto de Barajas cogiendo un vuelo de Qatar Airways camino de Singapur. El resto de las personas del equipo estaban ya allí desde hacía un par de semanas preparando el lanzamiento del proyecto y leyendo documentación. La empresa me pagaba un apartamento de tres habitaciones compartido con dos compañeros, por lo que no tendría que preocuparme de tener que buscar corriendo un sitio para vivir y tendría la oportunidad de conocer gente desde el primer día.

Me había comprado un libro de viajes sobre el país y lo leí durante el vuelo. Tiempo no me faltaba, dieciséis horas de vuelo con escala en Qatar. Para armarse de paciencia.

El libro empezaba con la típica presentación de la historia del lugar. Por lo visto, en el pasado Singapur se llamó la "ciudad del mar" hasta que fue destruida. Luego la isla fue colonia británica, de ahí que el inglés fuese uno de los idiomas oficiales, y fue ocupada por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Al final, se declaró Estado soberano en 1963. Su tamaño era como el de Menorca. Vamos, una ciudad-estado que había pasado de mano en mano y donde ahora convivía una mezcla de razas e idiomas única. De hecho los idiomas oficiales eran cuatro: inglés, malayo, tamil y chino mandarín. Dos más de los que yo creía saber.

Lo que a mí me importaba es que era el cuarto mayor centro financiero del mundo (por detrás de Nueva York, Londres y Tokio) y el quinto puerto de mercancías más importante dada su situación estratégica. También figuraba entre los países de mayor renta per cápita del mundo y de los primeros en las listas de educación, sanidad y transparencia política. Además, era una de las cinco ciudades más seguras del mundo. Sobre el

papel, casi un paraíso en la Tierra y una oportunidad profesional inigualable. Ya veríamos una vez allí. Por lo menos de salida parecía prometedor. El libro estaba lleno de todo tipo de datos, lo que disfruté mucho. Me encantaban las cifras y las curiosidades sobre cualquier cosa. Para crecer en tamaño ganaban terreno al mar, como Holanda. El 30% de la isla eran de ese tipo de terrenos. El servicio militar obligatorio era de dos años, como en Israel; luego tenían durante diez años períodos de entrenamiento reservista. Desde el punto de vista de la diversión, decía que la mayoría de los centros de ocio se encontraban a las orillas del río de Singapur. Me sumergí en la lectura intentando absorber, como buen turista, toda la información relevante.

Por fin anunciaron que estábamos llegando al aeropuerto de Singapur. Un aeropuerto construido sobre el mar. Me pegué a la ventana para poder verlo bien. Debajo de mí se veía toda la aglomeración de la ciudad, aunque me sorprendió de forma grata la cantidad de árboles que había. Odiaba los sitios en los que el único color visible era el del cemento. El aeropuerto estaba en una esquina de la isla y justo debajo de él se veía un gran puerto naval. El mar alrededor estaba cuajado de barcos de todos los tamaños, pero sobre todo de esos gigantes que cargaban contenedores. Nunca había visto tantos juntos y de forma tan organizada, formando en largas líneas de barcos paralelos unos con otros. La ciudad estaba plagada de rascacielos y altos edificios. En los bordes de la isla había largas playas con densa vegetación detrás. Luego pude ver una zona de casas más bajas, como urbanizaciones de las afueras, que acababan al lado de un ancho río cruzado de puentes.

Lo siguiente, un gran descampado y después el final de unas vías del tren. Justo detrás había una zona de construcciones que parecían hangares u oficinas. El avión volaba ya muy bajo sobre una zona de césped bien cuidado y pude ver aparecer la pista justo debajo del ala izquierda, donde me encontraba. Pronto sentí el golpe del tren de aterrizaje al tocar tierra y el avión empezó a frenar. Al fondo, a unos cien metros, estaba escrito con arbustos el nombre del aeropuerto: Changi.

El avión salió de la pista y se dirigió a la terminal. Desde mi lado no la veía, pero podía intuirlo a través de las ventanas del otro lado. La azafata anunciaba por altavoces, entre otras cosas, que había una temperatura de veintiséis grados. Al estar en una zona ecuatorial, las temperaturas solían rondar esa cifra con alta humedad y bastantes lluvias cortas pero intensas.

En poco tiempo nos dejaron levantarnos e ir a por el equipaje. Con la maleta y la mochila al hombro di una vuelta por el aeropuerto. Había zonas de cafeterías, las típicas zonas de lounge más exclusivas, tiendas conocidas como Gucci, Prada, Rolex, Pandora o Montblanc y unas cristalerías desde las que se veían los aviones aparcados. En uno de los fondos había un mural luminoso gigante. El suelo tenía unos extraños dibujos de líneas de

diferentes grosores que se cruzaban unas con otras. Había cosas curiosas para lo que estaba acostumbrado a ver, como zonas con internet gratis para portátiles e incluso ordenadores para los que no tuviesen. También había una zona para relajarse con unas tumbonas, parecidas a las de las piscinas, que miraban a los aviones y donde la gente estaba escuchando música, durmiendo o leyendo.

Seguí avanzando en busca del andén de los trenes. En las pantallas anunciaban llegadas y salidas de todas partes del mundo. Por fin llegué. Se cogía algo parecido a un tranvía llamado Skytrain que te llevaba a la Terminal 2, donde montaría en un taxi. Cuando el tren paró en el andén me llamó mucho la atención que no llevaba conductor. Enseguida me dejó en la Terminal 2. En medio de ella había un jardín tropical con un pequeño estanque y flores preciosas. También había un jardín vertical en uno de los muros del fondo y palmeras al lado. Sillones de masaje gratuitos, lágrimas de cristal colgantes que subían y bajaban, estanques con peces naranjas, lugares para recibir masajes asiáticos... ¡Incluso anunciaban una piscina en la Terminal 1 desde la que, según las fotos que había, se podía ver la pista de aterrizaje! Increíble. En los baños había paneles táctiles con la foto del limpiador del turno en vigor donde podías votar pulsando en unas caritas cómo considerabas que era la limpieza del baño. Por supuesto, estaba limpiísimo. Por algo estaba considerado como uno de los mejores aeropuertos del mundo. La primera impresión de una persona nueva en la ciudad era su aeropuerto y aquí lo habían bordado.

Por fin llegué a la salida y cogí uno de los taxis que esperaban. Le enseñé un papel con la dirección de mi futura casa y salió hacia allí. Había llegado un sábado y la empresa me había comunicado que los compañeros de piso que me habían asignado me esperarían en casa para ayudarme a instalarme y contarme un poco todo lo que necesitaba saber para empezar a adaptarme lo antes posible. No había posibilidad de equivocarse con el lugar porque se llamaba *Spanish Village*, vamos... Pueblo Español en el idioma de Cervantes. Curioso lugar para hospedarse un grupo de españoles. No sé si era casualidad o estaba hecho a propósito, pero el nombre era perfecto para intentar sentirse como en casa. Lo había buscado en internet y estaba en el barrio de Tanglin, aunque eso, de momento, no significaba nada para mí.

Empezaba mis andanzas en Singapur.

